

**Sentada en el balcón, sin hacer nada**

**Por Gina Delucca  
Escritora Invitada**

La agenda estaba llena. La listita de diligencias era larga. El miércoles es mi día libre, que nunca es libre. Y el miércoles pasado, indudablemente, se complicó. A las dos y pico recibimos el magno apagón, del cual me enteré con una llamada de mi vecino, quien se acababa de quedar encerrado en el ascensor del condominio. Enseguida nos movilizamos tres vecinas y le dimos apoyo moral desde fuera del ascensor, en lo que llegaba el técnico a sacarlo.

Acción-reacción. Lo negativo detona lo positivo.

Mi corre-corre del resto del día se debe parecer al de todos ustedes. Que si el tapón, que si buscar los nenes, que si comprar hielo, echar gasolina desesperadamente (no sé por qué) y comprar comida en el primer fast food que apareciera.

Bajar revoluciones no fue fácil. Dormir sin aire ni abanico, al menos en los pueblos del llano, nos costó trabajo. Y si fuera más romántica diría que escuchamos el canto del coquí más cerca y más claro... Pero no. El estruendo de las plantas eléctricas mandó a callar a los coquíes. Y el olor a diésel y no sé qué más neutralizó al olor fresco del rocío, el deleitoso aroma de las gardenias mezclándose con el hilo aromático del limonero. Las vías respiratorias se irritaron colectivamente.

Claro, que el jueves nos despertamos con la claridad, como debe ser. Ahora había que resolver el desayuno, el baño, y toda la rutina alterada, sin remedio. Ese jueves transcurrió con demasiadas conferencias de prensa, demasiada comida fuera de casa, demasiados candungos de agua y demasiado calor. Pero volviendo a la acción y la reacción, se hizo sentir la solidaridad, el compañerismo, el sentido de unidad y de comunidad. Se compartió, entre conocidos y desconocidos, sin mirar colores de piel ni colores políticos. No hay quien lo niegue: los desastres nos unen.

Este apagón, por un lado nos puso a hacer cosas fuera de lo común, pero por otro lado nos limitó nuestras actividades. Llegadas las seis de la tarde ya yo había llamado y contestado llamadas de todos los familiares de aquí y de allá, me sabía las noticias de memoria y también me había bañado con chorritos de agua y un jabón oloroso de esos que le regalan a uno. Nada que lavar, nada que cocinar, la tele pasó a ser la laptop con poca batería para ver uno o dos capítulos de la serie esa adictiva. Y ahora, ¿qué hago?

Pues hice lo lógico. Las rutinas y el estrés le alteran a uno el sentido de lógica. Pero cuando las rutinas se acaban y el estrés pierde intensidad, el paso lógico

es no hacer nada. ¿Quééee? Pues eso mismo. No hacer nada. Eso parece ser un pecado para los que siempre buscamos acción, logros, resultados. Pararme a oler las rosas no es parte de mis defaults. Pero ahí estaba yo, sentada en el lugar más fresco de la casa, el balcón. Haciendo nada. ¡Wao! Después de tres minutos de sentimientos de culpa, empecé a sentirme bien. Una pausa en el agite, como decían unos amigos. Un break físico y mental.

No hacer nada en el balcón fue lo mejor de esas largas horas de apagón. Mirar los carros allá abajo. Escuchar los ruidos de la ciudad. Ver los pájaros pasar. Comenzar a conectarme con Dios. En esa sintonía de mi ser más íntimo con el Creador, tuve obligatoriamente que dar las gracias. Todo se había resuelto. Y con beneficios marginales. El día terminaba sin luz, con poca agua, y con mucho calor, pero con una calma colectiva creada por el cariño patriótico. Mi hiato de solaz no llegó a durar una hora. Pronto llegó la luz, llegó la rutina, el estrés, lo que no hice y lo que tengo que hacer. Mas nunca me olvidaré de ese ratito sin estrés, sin obligaciones y sin hacer nada, en el balcón.

**MUNDILLO INTERACTIVO:** Pueden escribirnos al Box 192889, San Juan, PR. 00919-2889, o a [gina@mimundillopr.com](mailto:gina@mimundillopr.com). Para más información de la autora, ordenar el libro y leer otros artículos, pueden entrar en [www.mimundillopr.com](http://www.mimundillopr.com).